

5 centimes

El tiempo comenzaba a revolverse, la cálida brisa que durante la mañana había prometido un tranquilo día otoñal estaba dando paso a unas espesas nubes grisáceas, que traían consigo un viento frío y desapacible, que se colaba por las ventanas a medio abrir de la estancia y soplaba entre los barrotes de las camillas que formaban hileras a uno y otro lado de un pasillo improvisado.

Algunos de los soldados solían protestar por las condiciones de la instalación, otros, con evidente disimulo, lo hacían para llamar la atención de las enfermeras y, con gritos desgarradores y lamentos desesperados, un tercer grupo lo hacía por verdadero dolor. De vez en cuando alguno de aquellos gritos se apagaba y, cuando aquello sucedía, no tardaba en aparecer otro soldado que ocupase el puesto vacío del anterior.

En aquel momento el periódico *Le Petit Parisien* iba pasando de unas manos a otras a ritmo intermitente. Tan pronto se paraba en unas que lo apretaban con ansia, como pasaba inadvertido por otras que lo lanzaban hacia su siguiente propietario sin interés aparente. Bajo el nombre del diario aparecía un subtítulo que rezaba: «La circulación más fuerte de periódicos en todo el mundo», cuyo significado quedaba reforzado por la ilustración de un globo terráqueo que extendía unas vastas alas hacia ambos costados de la página. En la parte izquierda de la portada aparecía rotulado, en letras grandes y visibles, el primer titular: «La garantía de una paz duradera es hacer que Alemania pague», firmado por un tal André Lefevre.

Algunos de los soldados movían la cabeza en sentido afirmativo cuando leían el artículo, mientras que otros parecían reparar solo en las fotografías de la primera página y en los dibujos serigrafiados en la sección de anuncios.

—¿Quién es esa monada? —preguntó un chico joven con marcado acento inglés, señalando la fotografía de una mujer en la primera página del *Le Petit Parisien*, no muy lejos del artículo de Lefevre.

Su compañero, que sujetaba el periódico en ese momento, negó con la cabeza en un gesto de indiferencia. Ninguno de los dos parecía entender ni una palabra de lo que allí estaba escrito. A su vez, un chico que se hallaba a tan solo dos camas a su izquierda, y por cuyas manos ya habían pasado aquellas páginas, los miró con diversión. A diferencia de ellos, el chico vestía uniforme francés y parecía haber dedicado más tiempo a la lectura.

—Esa monada es Mata Hari —dijo el chico pronunciando un inglés bastante precario—, la fusilaron ayer por espiar para los alemanes —prosiguió mientras apartaba la mirada, concentrándose en algún punto lejano de la estancia—. Y mañana seremos nosotros.

Pero para cuando el soldado había terminado de hablar, los dos ingleses ya reían con descaro sobre alguna que otra trivialidad.

De manera repentina un sonido blanco inundó toda la estancia, como si alguien estuviera rayando una superficie áspera con un instrumento afilado. Pronto, un piano comenzó a entonar una melodía lenta y con cierto aire melancólico. En realidad, la música parecía proceder de algún otro lugar lejano, de otra estancia, o de alguna otra dimensión paralela, como si a los soldados allí tendidos se les hubiese privado del derecho a disfrutar de cualquier otra cosa que no fuera disparar su fusil. Algunos de los franceses abuchearon la iniciativa y exigieron escuchar *Le Madelon*, que se había convertido en todo un himno de libertad para ellos.

Christopher Rymer entreabrió los ojos en el preciso instante en que dos camilleros levantaban a su vecino de la derecha en una camilla construida con dos gruesos listones de madera que

tensaban una tela verduzca y desgastada. El hombre que yacía encima permanecía inmóvil. Parecía haberse desangrado a causa de una grave contusión en la cabeza y sus miembros inferiores tampoco habían corrido mejor suerte: una de sus piernas mostraba visibles heridas y rasguños a la altura de la rodilla, donde el uniforme había sido rasgado; mientras que la otra, cuya pernera también había desaparecido, había sido entablillada de manera tosca y rudimentaria, dejando entrever una espinilla negra y maltrecha.

Entretanto, ajeno a la situación que acontecía a su alrededor, el murmullo de la conversación que mantenían los soldados al otro lado de la sala fue en aumento. Poco a poco el rumor fue convirtiéndose en un ruido que inundaba toda la habitación y que se alzaba por encima de las notas del piano.

Con un golpe seco las páginas arrugadas del periódico aterrizaron sobre las piernas de Christopher, pero este apenas si podía mover un músculo de su cuerpo. Al intentar girar la cabeza para comprobar su propio estado, sintió una intensa punzada en la nuca que se extendió como si una descarga eléctrica hubiese recorrido su espina milímetro a milímetro. Trató de gritar, pero apenas era capaz de articular sonido alguno. «¿Cómo he llegado aquí?», pensó. Lo último que recordaba era Ypres, pero había una enorme laguna en su memoria, debía de haberle sucedido algo en la línea de frente.

De un momento a otro, sus pensamientos se vieron interrumpidos por la aparición de una joven enfermera de aspecto desaliñado que se acercaba a paso ligero entre las hileras de camas. No cabía duda alguna, a juzgar por su apariencia debía de haberse pasado el día entero de un lado para otro sin descanso. Una vez a su lado y sin mediar palabra, la joven comenzó a desenvolver cuidadosamente una venda que cubría la cabeza de Christopher.

El soldado, por su parte, sintió un agudo dolor en la base del cráneo que le hizo contraer todos los músculos de la parte superior del tronco. Notaba cómo el vendaje que estaba siendo retirado de su cabeza estaba húmedo e impregnado de lo que, sin ninguna duda, era su sangre. Pero, a pesar de aquella tortura, Christopher ansiaba respuestas.

—¿Dond esty? («¿Dónde estoy?») —consiguió pronunciar tras un largo esfuerzo, siendo consciente de que no era capaz de pronunciar cada palabra al completo.

Ella lo miró con cierta ternura mientras le seguía cambiando el vendaje.

—En el hospital base 21, en Ruan —contestó al tiempo que terminaba su labor. Su voz, aunque agitada por el incontable trabajo, era agradable y acogedora, tanto como si en mitad de aquel caos alguien le hubiese tendido una mano de la que asirse.

«En Ruan... eso está muy lejos», meditó el soldado. De pronto, sintió la urgencia de preguntar por un montón de información: ¿Qué día era? ¿Había alguna noticia del frente? ¿Cuándo había llegado? ¿Qué le había pasado? Pero, de manera inesperada, su atención recayó sobre algo que no había experimentado desde hacía mucho tiempo.

—¿Pr é sta msica? («¿Por qué esta música?») —quiso saber Christopher.

Esta vez la enfermera lo miró con curiosidad y por un momento pareció meditar su respuesta.

—¿Y por qué no? Todos vosotros queréis canciones que hablen de las chicas bonitas de la capital, de la merecida libertad, de exterminar al enemigo y de lo vitoreados que seréis en el recibimiento que os hagan vuestros países. Pero quizás ni la mitad de vosotros llegue a casa, a mi juicio no parecéis, perdón, parecemos libres, solo ignorantes con ojos y oídos —espetó la chica sin dejar de moverse de un lado para otro, ordenando frascos y botellas y metiendo las sábanas por los bordes inferiores del colchón, como si aquellas palabras que acababa de pronunciar formasen parte de su rutina diaria—. Sí, es mejor una música sin letra, porque hoy ninguna palabra parece decir la verdad.